



Escúchame el corazón

Bianca Pizzorno. Traducción de María Milagros Rivera Garretas.

Ilustraciones de Susana Miranda Morales

Madrid: Sabina Editorial, 2008, 384 pp.

Nieves Blanco García

Universidad de Málaga, España

Con esta fascinante novela titulada *Escúchame el corazón*. Sabina editorial (www.sabinaeditorial.com) inicia su colección «Luz azul». Su autora, Bianca Pizzorno es una escritora prolífica, muy conocida en Italia y fuera de ella. Con 40 obras escritas, de las cuales muchas fueron traducidas a varias lenguas, *Escúchame el corazón* la escribió en 1991 y— como cuenta en el prólogo— es la respuesta a una pregunta insistente de sus lectores jóvenes: «¿Qué pasaba en tu escuela cuando eras pequeña?».

Bianca Pizzorno une fantasía y realidad al novelar su experiencia de la escuela a la que asistió durante los años 50 y nos presenta a Prisca, una niña de nueve años a la que acompañaremos a lo largo de un curso escolar, de septiembre a junio. Prisca, a su vez, nos acompañará a los recuerdos o a la vivencia de nuestra escuela; porque, aunque el contexto en que se desarrolla corresponde a la escuela de la autora, la evocación es intemporal y trasciende las fronteras geográficas y generacionales. Independientemente de que seamos personas adultas, niñas y niños o jóvenes, nos conmoverá la valentía, la ternura, la generosidad, la tristeza y la

ironía de esta maravillosa niña y sus aventuras vitales. Porque Prisa sabe convertir su vida en una aventura, o quizá aún mejor, vivir sus actividades cotidianas con una intensidad tal que transforma lo común en extraordinario. Ésta es, a mi modo de ver una de las grandes enseñanzas de esta novela.

Prisca no soporta las injusticias, y por eso, cuando se encuentra frente a ellas, su corazón la avisa palpitando violentamente. «¡Escúchame el corazón!» — susurró cogiendo la mano de Elisa y apretándosela contra el pecho—. «Está a punto de estallar.» BUM BUM BUM, «¡No me asustes!», suplicó Elisa. Conocía a su amiga y sabía que no era capaz de soportar las injusticias. ¿Qué injusticia motiva estos latidos?» (p. 39).

Y no se queda ahí, sino que — con su amiga Elisa—, busca cómo enfrentarse a ellas y revertir sus efectos: siempre activa, con decisión, con imaginación, y con un finísimo sentido del humor que nos hará sonreír y, a menudo, reír a carcajadas.

«Había sido la exclamación de Inés lo que sugirió a Prisca la elección de su regalo navideño para los pobres. Era verdad que le daba pena privarse de sus zapatitos elegantes, pero pensaba que un regalo o hace «enloquecer de alegría» a quien lo recibe o no sirve de nada» (p. 117).

Con su amiga Elisa, encuentra en la escritura una aliada magnífica para actuar, para dar forma a sus pensamientos, a su imaginación y a sus enfados ante la injusticia. Los relatos que escribe a la maestra, llenos de gracia y de sentido; cartas al director para hacerle saber del comportamiento inapropiado de la maestra Sforza; cuentos a través de los cuales, da salida a sus enfados y a su imaginación (sus reflexiones ante el nacimiento y su conversación con la Virgen a propósito de la desnudez del niño) son un prodigio hilarante de ironía y sensatez.

Sus vivencias, los textos que incesantemente escribe en sus diarios, son una sugerente invitación a preguntarnos por el poder, la pobreza, la injusticia, la bondad, el amor, la generosidad, el egoísmo... Y se puso a escribir ostentadamente en la agenda, deseando ser descubierta: «una pelota que se arrastra ante los poderosos da tanto asco como una rata de alcantarilla. Pero una pelota que usa el poco poder que tiene para obligar a arrastrarse a los más débiles, es una hiena, una carroña, un ser abominable... (p. 155)».

Y sobre todo, la niña habla con las compañeras y con las personas adultas de la centralidad de las relaciones en la enseñanza y en la vida.

La lectura de esta novela — con magnífica traducción de María-Milagros Rivera—, nos ofrece la oportunidad de acercarnos a las ilusiones y los miedos de la infancia, pero también a las grandes cuestiones de la vida: el amor, el dolor, la esperanza, la decepción, la amistad; y nos hará pensar — a quienes somos adul-